

Cuentos del paraíso de las islas

06-2

EL ASCENSO DEL SELLA
Hacia un programa ideal para un rector

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: El paraíso de las islas
Fecha de Publicación: 09-01-2023
Número de páginas: 12
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.eu
info@cedcs.eu

Cuentos del paraíso de las islas

06

06.2.- El ascenso del Sella

2.2. El río Sella y la gran fiesta del carnaval de verano.

INDICE:

1.- HACIA UN PROGRAMA IDEAL PARA UN RECTOR.

- 1.1. El rector Juan Bravo interpreta encuestas docentes con el método paranoico-crítico.
- 1.2. El encuentro de Juan Bravo con el emperador Marco Aurelio.
- 1.3. Juan bravo y sus asesores; Antón Dolores, el último teólogo.
- 1.4. "Y usted qué opina del aborto de las gallinas".
- 1.5. Juan bravo y sus asesores; Borondón el Babilónico o el Antiguo.
- 1.6. La muerte del cantante punki Picoletto.
- 1.7. Despedida del rector J.B.; un concierto de rock.

2.- EL ASCENSO DEL SELLA

- 2.1. El río Sella y la gran fiesta del carnaval de verano.
- 2.2. [Hacia el mar por el mirador del Fitu, tras el juego de los abalorios.](#)
- 2.3. La fuente del infierno en el puerto del Pontón.

Fin

06.2.- El ascenso del Sella

2.2. Hacia el mar por el mirador del Fitu, tras el juego de los abalorios.

Nada más se dio cuenta del clarear, Tino Pendás saltó como un resorte. Cova le miró sobresaltada.

- ¡Hostias! ¡Ya está aquí esi cabrón! – musitó como para sí, aunque todos le oyeron, y echó a correr –. Esperaime aquí o en la plaza del cañón –. Y salió de estampida, corriendo como un gamo.

Cova Fondón se recuperó del sobresalto de la estampida del Tino Pendás y un poco desangelada en el poyete de madera que había compartido con su amigo, los colmillos de elefante y cuernos de rinoceronte de su faldita más entreverados que nunca, las piernas larguísimas y hermosas, sonrió al J.B.

- Nos tenía preparada una sorpresita para la fiesta... Aunque hay que desconfiar de las sorpresas del Pendás.

Poco a poco se fueron dispersando; por las diversas calles abigarradas y caóticas del pueblo en fiesta, la noche del Sella, hacia la plaza del cañón. Algunos llevaron los cascacos vacíos de las botellas de sidra y los vasos finísimos – ninguno se había cascado por puro azar – al bar de los noctámbulos cantarines. El rector J.B. quiso despedirse pero no se lo consintieron. "Necesito descansar", repetía con frecuencia. Todos le insistieron en que esperara un poco, al regreso del Tinín. Cortado Bakalaero, feliz ceñido a la cintura de Cari Fondón, la melliza de los ojos de tigre – ¿o eran gemelas? –, le suplicó con la mirada a la vez que le chantajeaba duro: "No me falle ahora, colega". "Creo en la posible inmortalidad teórica del grupo humano. Eso sí, con el único deber mutuo de la cortesía presidiéndolo todo. Algo así como el dios único de las religiones monoteístas". J.B. sentía un aroma delicadísimo. En aquel paraje el oxígeno debía ser de buena calidad. Logró despedirse bajo el cañón de la plaza, un mamotreto de bronce encaramado en un lugar alto insólito del que manaba agua, como si no tuviera que defender ya nada defendible y sólo sirviera para exhibir una antigua ferocidad perdida, pura retórica vacía. Hermoso, por ello, en su absurdez. Faustino Pendás había llegado con un automóvil de chapas recortadas y pintarrajeado con lemas pudieran calificarse de excéntricos, en clara contestación a la sociedad que pudiera llamarse formal. Bromearon sobre ello – "no queremos bajar a la mina", rezaba uno de los no sabía si manifiestos o niñerías – y J.B., a pesar de que prometieron estimularle para que no se percatara del cansancio, se encaró con Cortado Bakalaero – "soy un buen colega precisamente si me retiro a descansar. Si no, sería un insensato" – y se despidió.

"Al fin solo", pensó aliviado. Subió a su casa de la infancia, parcialmente superviviente de los desastres de un tiempo cada vez más vertiginoso, y se encerró en la vieja galería trasera, más aislada del gran carnaval exterior. Abrió la maleta de viaje y vació su contenido encima de una cama. En saquitos medianos se había traído consigo el iniciado juego de los abalorios, con el cajón del caos en una saca más tupida y compacta que las otras. Todo su equipaje. Tardó algo más de dos horas en reconstruir los ocho platillos en torno a los cristales de Murano, el gran tondo de la transición – vidrio Gaudí el marco circular, por azar intacto – y el tercer tondo de corazón de tesela veneciana. Recordó su construcción deconstructiva, pensaba que podía decir, mientras reordenaba los diversos caos reglados de los diferentes saquitos. Siempre las teselas dominantes habían constituido la base en la que se desplegaban las otras tonalidades menos frecuentes. En los tres de los ocho platillos satélites del conjunto de vidrios venecianos en los que había tonelitos de teselas diminutas, la tesela rojo/gota de sangre había sido el hilo conductor, su frecuencia calculable en el tonelito, aunque con el transporte primero ya borrados algunos de los signos iniciales, su altura de estrato irrecuperable ya en el tonelito. Un caos más orgánico, sin embargo, que el caos inicial del gran cajón. El segundo conjunto lo constituía el tondo de la transición, interior y exterior de un aro de vidrio denominado Gaudí, del taller de un gran vidriero de la ciudad, en donde se almacenaron en sus tres cuartas partes los dos grupos de teselas dominantes en el cajón del caos antes de ordenar las tonalidades secundarias armoniosamente, siempre por tonos y tamaños. Todos los colores principales de los ocho platillos de la constelación inicial en torno a los vidrios de Murano estaban allí representados en un paisaje más amplio y de tonalidades encantadoras y variadas. La base eran teselas vidriadas ocre, abundantísimas, que dominaban absolutamente el exterior del aro Gaudí y amplias zonas del interior también, junto con las de piedra, blanquecinas y mates, de mosaico romano. Pero había dos sub-zonas entreveradas, una azul y negra y otra, como hondonada que dejaba al descubierto un gran ojo azul del aro de vidrio Gaudí, con un combinado de todas las teselas más luminosas que daban alegría y ascendían hacia el centro geométrico del conjunto. Allí estaba el más pequeño de los barrilitos que encerraba otro mensaje para el juego. Como las teselas rojas/punto de sangre no llegaron a escasear, para celebrarlo – y J.B. pensaba en impersonal al recordar – se cubrió el centímetro último con teselitas rojas/punto de sangre y amarillo brillante, el color que había sido elegido para sustituir al rojo en caso de necesidad. Que no hubo tal, y de ahí la celebración: una especie de penacho/bandera española deconstruida. En el centro del barrilito, una deslumbrante tesela veneciana roja, de tamaño mediano, como una mínima maqueta de una nave abovedada con bóveda de cañón.

El tercer elemento de instalación lo montó J.B. en torno a un puñado de teselas de vidrio venecianas de colores vivos y que contrastaban enormemente con las teselas de mosaico romano, casi todas mates. Las teselas venecianas bellísimas terminaron en el centro – en un platillo florentino decorado con un dibujo popular actual, anuncio de una pizzería – rodeadas por las teselitas diminutas con la misma abundancia de rojos y amarillos que en los barrilitos anteriores. Y en el montón informe, los restos del antiguo caos total o del cajón de teselas, aún quedaban, entre polvo y basuras pequeñas, un conglomerado de formas y colores que ahora J.B. al verlos extendidos ante sí – sobre una alfombrilla de pelo de cabra marrón, blanca y negra, los tres colores naturales de la cabra de los Aurés africanos – supo que ya tenía su propio orden con muy poquito que las tratara. Y así lo hizo. Durante hora y media se dedicó a separar las teselas grandes y medianas de las diminutas, así como la basura, ya pura basura, restante – papelitos casi triturados, motas de polvo o astillas informes o plastiquitos –, últimas teselitas y partículas de otras.

Y su imaginación, una vez más, discurrió apacible como transportada a remo sobre agua, deslizándose. Nunca faltaron, hasta el final, las teselas rojas/punto de sangre, ni siquiera en el "polvo final del caos", como denominó a la basura resultante – o escoria –, con mínimas partículas de teselas fragmentadas, muchas laminillas rojas o puntos mínimos, uno incluso en la última paladita de polvo. Eso debía ser el remate final feliz.

Ya debían estar a punto de salir las piraguas río abajo, mediodía de primer sábado de agosto. J.B. se sintió tentado de encontrar una denominación concreta – de rango racial, confesional, tribal urbana u otras por el estilo – a cada una de las tonalidades o texturas, pero venció la tentación. La pospuso, mejor, pues supo que terminaría sucumbiendo a ella un día, y hasta esperaba que no lejano. No pudo evitar concederles "intencionalidad" a los "comportamientos" de algunas teselas diminutas durante el último tramo temporal de elaboración de la instalación, sin embargo: en el "polvo del KAOS" – y quiso la palabra así, KAOS, con una O atravesada por una virilidad quebrada y una feminidad que se convertía en visible subrayado de la palabra KAOS en su totalidad gráfica –, en el polvo final o restante del caos algunas teselas diminutas verdes o azuladas se camuflaban de tal manera que parecía como si desearan salirse de los restos del caos original y pugnasen porque la mano del instalador J.B./diosecito ordenador no se topase con ellas, como muy posiblemente sucedió – y ahí quedaba abierta una posibilidad de juego de microanálisis del polvo del caos restante tras la ordenación de las teselas más visibles por tonalidades y tamaños –: allí estaba en su saquito de plástico transparente con cremallera – de algún accesorio más o menos delicado de algún aparato de fabricación industrial – encerrado ese dato precisamente. Con mensaje microscópico del caos original del que saliera todo el juego de los abalorios.

Sobre todo las teselas diminutas azuladas y verdosas. De su grupo de teselas enanitas surgieron las "individualidades" que más se camuflaron con el polvo como para pasar desapercibidas y no integrarse en el nuevo orden azaroso, en aquel sistema azaroso en el que el Fausto Pendás – que en aquellos precisos momentos debía ser uno de los que aporreaban la puerta de la casa de la infancia del rector J.B. –, en un momento de la noche anterior, confesó sentirse inmerso. Era inevitable el regreso a la fiesta exterior. Pero el J.B. supo que debía continuar por ahí: en el polvo del caos podría pensarse – método paranoico-critico – que había "individualidades", aunque fueran diminutas y fragmentarias, que "preferían" continuar arropadas por el polvo del caos que dijera, y en esa inmersión se "sentían" mejor. Y J.B. supo, cuando abría la puerta al grupo – entre entusiastas y extenuados todos – que la única cortesía posible era el respeto absoluto a esas "individualidades" díscolas al nuevo orden no menos caótico y aleatorio, "joya del ya". Hasta el final siguió presente el rojo/punto de sangre, en el puro polvo y fragmentos vidriados, hasta la última mozadita. La vida es la belleza. ¿O la belleza es la vida? Pudiera ser lo mismo, aunque sus matices al realzar el sujeto pudiera entretener a eruditos discutidores. Sólo en la vida se puede hallar. La muerte, agujero de la materia, burbuja, ventana o vano en la materia opaca. Aun en plena deconstrucción – y hasta en el nuevo caos menos formal resultante –, presente ella – la vida –, en cualquiera de sus formas, aún habría posibilidad de belleza.

Fausto Pendás apareció con los ojos encendidos, una radio casete gigantesca al hombro, atronadora. Era la de Perico Rincón, con su música predilecta. Tras él, todo el grupo primigenio arrollador y medio derrengado al mismo tiempo. Cortado Bacalaero y la Cari Fondón ya decididamente amantes – "Perdone, colega rector, la Cari y yo nos perdemos por ahí dentro un rato, ¿vale? Urgencias de la edad, que dicen ustedes" – se perdieron por las habitaciones de la casa mientras los demás, J.B. extasiado – el juego de los abalorios en el olvido –, mal-continuaban una especie de danza india de las del salvaje oeste americano al compás de una charanga enervante de un grupo amado por Perico Rincón, "Cojón Prieto y los Guajolotes". "¡Carcelero: que tengo hambre!", comenzaba el recital¹. Al "cómo disfrutas con eso" final, fue el delirio y alguno se tumbó en el suelo de madera tan largo como era, a dormirla un poco, que decían. Al final de la canción siguiente, de nombre excéntrico que gustó al Rincón, "La mula de perico"², el tal roncaba y roncaba, bajo de saxo con remate de zumbido de avispa, espléndida posible grabación. La Cova y el Tinín no mostraban síntomas de cansancio, los ojos como faros de automóvil en autopista campesina por la noche.

¹ CANCION 1. CARCELERO. "Esta cárcel de exterminio / que tortura y asesina / y te rompe el corazón, / vuelve locos a los hombres / y la vida hace enfermiza. / Entre rejas y garitas / no hay lugar para el amor. / No se busca una salida / para que unos cuantos vivan / en nombre de la justicia / cada día mucho mejor. / Los que mandan el presidio / que son sucios y mezquinos, / como perros mal nacidos, / nunca pedirán perdón. / Carcelero, carcelero, / no eres persona decente. / Tu oficio es el más rastrero / y tu corazón no siente. / De la cárcel te crees el rey / porque te ampara la ley. / Tu cerebro está podrido / y tu vida la has perdido. / Obediencia y autoridad / y dar palizas al preso / son tus señas de identidad. / ¡Cómo disfrutas con eso!".

² CANCION 2. LA MULA DE PERICO: "Yo salí como una mula / de ciudad de Bogotá / llevando una mercancía / que esperaba coronar. / Pero hay que ver y ver, / cuando al final llegué a Barajas, / me trincó la policía / porque plata no llevaba. / Quieta aquí, mula, / no te alborotes, / que se marea y tuerce los bigotes. / ¿Qué llevas en la barriga? / La maleta está vacía. / Pues ya no me preguntaron / ni una sola cosa más. / Derechito, derechito, / me llevan al hospital. / Y en la sala rayos X / las bolitas vi pasar. / Ya me dieron un jarabe, / dicen que era para aliviar. / Como un rosario / de perlas blancas / unas con otras hacían carambolas; / en bandejita de plata, no más, / yo les sirvo el material. / Pero hay que ver y ver, / 20 años pídeme el juez / por traquetear material / y no poder coronar. / Y a esta pobrecita mula / ahora le toca cargar / la condena que le echaron, / que el Señor tenga piedad. / De pena muero / en el penal. / De aquí a mi gente quiero saludar. / Algún día a Colombia yo volveré / para traerle periko al rey."

A la canción siguiente, "Homenaje a Felisín"³, J.B. supo que aquella jornada de relax entre salida y llegada de piraguas al mar iba a prolongarse lo que la música de los Guajolotes durara y sacó de la cocina lo que había por allí preparado para comer. Empanada, ensaladilla, filetes empanados, arroz con leche y pasteles de la Campoamor. Conocía J.B. aquel grupo de los Guajolotes por el Pikoletto y su gente. Todos eran los mismos. Pero sólo cuando escuchó – todos dormían por allí, salvo Cova y Tinín, el Perico Cortado y otra muchacha lugareña que le vacilaba con descaro, alternando desplantes y arrumacos, tres o cuatro más y el Cortado Bakalaero y la Cari, entre escapada y escapada a las habitaciones de la casa –, sólo cuando escuchó "Los gavilanes"⁴ comenzó a captar que tal vez aquel mensaje literario de los músicos se identificara plenamente con lo que los captores de ese mensaje opinaban y hasta asumían como propuesta moral e, incluso, de acción.

³ CANCION 3. HOMENAJE A FELISIN: "Mi primo Felix, / mi primo más querido, / más que mi primo / mi hermano mayor, / pues me enseñaste / que en esta pinche vida / un par de huevos / no restan corazón, / que la nobleza / es la mejor divisa / de quien es hombre / en un mundo traidor, / tú te nos fuiste / un triste día de otoño, / un día de esos en que va muriendo el sol. / Si, como dicen / hay arriba un paraíso para los justos, / yo a ti te lo imagino / igualito, igualito que aquella cantina de Veracruz, / ¿te ricuerdas?, / bien de ron campechano, / orquesta tropical / y una prietita chula que suspira por tu amor. / Ron campechano y orquesta tropical / y una prietita que suspira por tu amor. Cuando en el cielo / raya una estela de humo / y el que la mira / dice que es un avión, / yo les contesto: / ese es mi primo Felix / con su pepino dándole gas al motor. / Apártense, angelitos, / querubines y hasta san Pedro, / que aquí llega mi primo Felix / y ese no respeta seres celestiales, hombre!!!!".

⁴ CANCION 4. LOS GAVILANES: "Camino a las alturas se ven los gavilanes; / se pierden en las nubes y se acercan al sol. / Regresan pensativos mirando al infinito, / no saben si en la lucha alguno se perdió. / Según sus propias leyes aplicarán la justicia, / poniendo por delante su noble corazón; / las garras afiladas ya prontas al ataque, / esperan el momento para entrar en acción. / Vuelen, vuelen, gavilanes, / a pelear por la razón. / No es vergüenza ser bandido / si se roba al que es ladrón. / Vuelen, vuelen, gavilanes, / y no dejen de pelear, / que la suerte de los pobres / en sus manos va a quedar. / Que prendan las hogueras detrás de la cascada; / que todas las estrellas comiencen a brillar; / que sienten las guitarras y canten sus recuerdos, / que al fin los gavilanes también saben amar. / Que venga el centinela y también que se divierta; / que estemos todos juntos. Mañana, Dios dirá. / Y cuando el sol se asome y acabe con la noche, / entonces, gavilanes, ya es hora de pelar."

Con la canción "El Iceberg"⁵ J.B. decidió que debía telefonar el lunes siguiente, sin falta, a Rómulo Castro, rector de Medellín. Había que agilizar el blanqueo de los fondos del narcotráfico hasta el final – él tenía bien estructurada la fórmula jurídica y sus fases – y ampliar aún más el abanico de acciones que financiar hasta en el medio rural más apartado, los estudiantes a la cabeza de la Operación Ulises decididamente.

A la canción siguiente, la sexta ya, "Los Kekes" – "Me gusta rascarme los kekes / que se tuesten bajo el sol, / doradicos y pegados al culo / pues tal como los de un león" –, el Tinín amagó una cabezadita – que no fue: ni se le llegó a caer la empanada de la mano en 90° sobre el pecho –, amago que utilizó la Cova para recomponer el maquillaje maltratado tras una noche de bronca y una mañana de más bronca todavía, acompañando a los palistas hasta el río. La canción "El feo" hizo que J.B. volviera a aguzar el oído/ingenio: olía a arranque masoca⁶. Le interesó. "Tampoco es para tanto: aún puedo esperar atento cada día a mi televisor... ¡Ay, Señor, hazme un milagro". Pero pronto se disipó la vaga ilusión y otra

⁵ CANCION 5. EL ICEBERG: "Navegaba por el barrio un iceberg, / silencioso e imponente, por doquier / un porrón de megalitros de una vez, / una mole como para echarse a correr. / Climatizado, / informatizado, / homologaba la actualidad. / Friamente solía desayunar / unas guerras con difuntos de verdad, / en el este, en el sur, le daba igual: / destruir para luego especular. / Y tan tranquilo / que así se andaba, / mientras que el sol lo calentaba. / Con todo esto, / él predicaba / sobre el progreso de la humanidad. / Una noche se acabó la oscuridad, / pues el sol ya no se quiso retirar. / Todo el bloque comenzó a resbalar / y el monstruo sólo pudo naufragar. / Con el deshielo, / le entró el canguelo. / Y tanta grandeza se la tragó el mar. / Y tanta mierda, / y tanta miseria, / tantos estragos se fueron al mar."

⁶ CANCION 7: "Me voy corriendo a casa: / no quiero que me vean. / Tengo granos en la cara; / me dicen cosas feas. / Me alejo de la gente, / no quiero que me huelan: / me apestan los sobacos, / la mara se molesta. / No sé qué voy a hacer / con estas mis desgracias. / Por más que pruebo anuncios / no encuentro solución. / Un día son los pies, / mañana es el aliento, / pasado el calzoncillo. / Estoy desesperado. / Me echan del trabajo / y sin mujer al lado / paseo solitario / los días de huracán. / Tendré que irme al monte / o encerrarme en casa; / hacerme misionero / sería lo mejor. / Tampoco es para tanto. / Aun puedo esperar / atento cada día / a mi televisor. / ¡Ay, madrecita mía: / ¿cómo es que me hiciste tan feo, / y tan rematadamente feo? / ¿Pues qué pasó el día / que me diste a luz? / ¿Dónde estaban los astros? / ¡Ay, Señor, / necesito un milagro! / ¡Ay, hazme un milagro!"

vez volvió el ritmo agresivo con el "Ser despreciable"⁷. Y el Faustino Pendás saltó de nuevo como un resorte y le dio una voltereta a la Cova Fondón recién maquillada de nuevo, radiante. A la música pachanguera de "La montura" – "Me la regaló mi viejo, / fue mi primera montura; / con ella aprendí a caer / más o menos con soltura" – fue de verdad una cabalgada la que se pegaron el Tinín y la Cova, el Cortado y la Cari y el Perico, ya únicos supervivientes, el resto dormido por los lugares más dispares. A J.B. le pareció que "La rosa de invernadero"⁸, y luego "La banda borracha", eran las dos únicas canciones de amor, de desamor y cachondeo mejor, con ese remate hermosísimo de expresividad berreado casi, "¿No sabes que me ha dejado la novia, oyes", "¡No joodasss...!", con voz caberosa.

Y la despedida de "El tren de la negra"⁹: "Ay, qué mala es la suerte cuando no se tiene, qué difícil es vivir, poder aguantar a esta panda de cabrones con cara de liebre...". Y el final deslumbrante: "Si se escapa el tren, me voy paseando".

⁷ CANCION 8: SER DESPRECIABLE: "El era un ser despreciable; / desde pequeño pegó alto / y al mundo irritaba con su voz desagradable. / Por eso no le importaba, / porque era malo como el sebo. / Y como tenía pasta, el cabrón, / se dedicó a joder la marrana / de la noche a la mañana. / Alguno ya lo aguantaba; / a cambio, sus chanchullos financiaba. / Como tenía pasta, el cabrón, / la pasma lo respetaba / y sus trapiches ni tocaba. / Era un jodido trepalari de nacimiento, / que regaló a sus enemigos piel de cemento. / Y nunca se los calzaba él / porque valiente no era... / y nunca se los calzaba / porque no tenía huevos. / Él, sí, él, / un ser despreciable, / un ser respetable, / uno más entre nosotros / en este loco mundo".

⁸ CANCION 10. LA ROSA DE INVERNADERO: "Aún te recuerdo entre mis brazos; / puse en tu amor mis ilusiones; / tú, menudita y tan lozana, / tú eras la rosa de mis pasiones. / Mas no quisiste apreciar mi cariño. / La rosa era de invernadero, / y me clavaste tus puras espinas, / puras espinas que son de desprecio. / Aunque por eso tú no me apures / esas espinas, pues ya no las siento. / Mi corazón jamás samgrará / por una rosa de invernadero. / Quizás prefieras a que yo te quiera / ser del jardín la flor codiciada. / Si ese es tu gusto, que lo disfrutes. / Sabes que sobran los moscardones".

⁹ CANCION 11. EL TREN DE LA NEGRA: "Cuando el tren llegó a la estación / y la máquina no se detenía, / yo traté de engancharme a un vagón. / Resbalé y fui a caerme a la vía. / Con el traje echo cisco / y el sombrero jodido, / todos los huesos del cuerpo molidos, / yo era el único que no se reía. / ¡Ay, qué mala la suerte cuando no se tiene! / ¡Qué difícil es vivir, poder aguantar / a esa panda de cabrones con cara de liebre, / por no andar fino y al loro para no resbalar! / Mirándose entre ellos, la gente calló. / Veía sus caras

A J.B. le entró la risa. Una risa abundosa y compulsiva que comenzó a divertir a los que estaban volviendo en sí del sueño reparador de entre fiesta y fiesta. Fausto Pendás se puso serio, apartó a Cova Fondón con un inesperado gesto displicente y se encaró a J.B. Ocupaba el centro geométrico de la galería.

- Rector: el sistema azaroso en el que me hallo inmerso comienza a fragmentárseme. Me tortura el posible mal que puedo estar transmitiendo precisamente a quienes más quiero.

Su mirada era febril, la figura imponente. J.B. supo reponerse de su risa y le miró también a los ojos.

- Has crecido mucho, demasiado deprisa. Ya no eres el Tinín para los amigos sino Fausto Pendás. Un hombre sabio y libre. Todo lo sabio que has podido ser, y libre.

A Tino Pendás estaban a punto de saltársele las lágrimas; abrazó al rector y salió precipitadamente. Cova Fondón quiso acompañarle, pero la apartó casi con brusquedad. Volvió a entrar de inmediato, le dio un beso rápido en el lóbulo de la oreja a la chica y salió de nuevo precipitadamente.

J.B. se acercó a Cova y al acercársele ésta le miró con su más bella sonrisa y la mirada alegre.

- El Pendás, él mismo. No se preocupe, rector, ahora se hace una escapada hasta la fuente del infierno y vuelve como nuevo. Le habrá dado usted qué pensar.

Terminaron de comerse el arroz con leche y los pasteles, ya todos recuperados. Y decidieron acercarse a Ribadesella para la fiesta de la entrega de trofeos a los ganadores en los campos de Oba, allá por Llovio – no llovió, sin acento, más sonora y antigua palabra –, a la vera del mar.

Durante el trayecto, por la carretera del mirador del Fitu, Cova puso al corriente a J.B. sobre la manía del Tino Pendás con la fuente del infierno, mítico nacimiento del río del sello, del Sella. Para acceder a ella, remontando el río, se atravesaba por uno de los desfiladeros más arriscados y sobrecogedores que conocía, el desfiladero de los Bellos y puerto del Pontón. No necesitó explayarse en su descripción – carretera mínima tallada a dinamita, puentes entre cortadas, en lo hondo el río de montaña serpeante – porque Juan Bravo conocía aquellos parajes, uno de los ascensos a la alta meseta de León – en lenguaje

flipar mogollón. / Me fui levantando, poliki, poliki, / haciendo inventario de mi situación. / ¡Ay, no es santo el que cae, / sino el que se levanta! / Sí, señoras y señores. / ¡Pero qué tropezones tiene / a veces uno en la vida, pues! / Es que además se me retuercen / las tripas y me están matando. / Ya sólo puedo / errepreter (sic) el bufete y salir cingando. / Si se escapa el tren, / yo me voy andando. / Si se escapa el tren / me voy pasenado".

mítico antiguo sin duda de terrible significado, la meseta del león –, su tramo final empinadísimo entre bosques de robles, nogaledas y praderías. Y en el corazón del robledal estaba la Fuente del Infierno, un simple caño que expulsaba al exterior el chorro continuo de agua que procedía de invisibles regatos y filtraciones subterráneas, del subsuelo, del interior de la tierra. J.B. recordaba perfectamente aquel calvero umbroso visible desde la misma carretera, últimamente muy dañado por la agresión que suponía la proximidad de la cada vez más ancha cinta de asfalto, en donde para beber debías arrodillarte de manera natural, humillar la cabeza, postrarte, casi adorar.

Cova le comunicó a J.B. que pensaba que el Tino debía tener algún tipo de pacto con el infierno, pues no comprendía si no aquellas escapadas cada vez más frecuentes del tipo hasta aquel lugar. Entre risas, le contó también su sospecha de que tuviera una bodega de sidra o una farmacopea en algún zulo secreto del bosque en el entorno de la fuente del infierno. Eso podía hacer más comprensible la predisposición a esa huida/encierro del amigo Pendás. La verdad era que, tras una escapada de esas, el Tino Pendás volvía como una seda y durante una semana o un par de ellas, antes con frecuencia hasta tres, volvía a ser el Tinín para los amigos de toda la vida.

- Y un magnífico amante – completó la Cova, broche final con su hermosa sonrisa de aquella digresión sobre el loco del Pendás.

La carretera del mirador del Fitu se encaramaba, entre pinares, pomaradas y praderías, hasta un alto de la cadena de montañas del Suevo – por donde decían que aún quedaban varias manadas de caballos salvajes (asturcones del Miajo) de peculiares siluetas melenudas que se encontraban, perfectamente reconocibles, en pinturas paleolíticas de cuevas de la costa. Durante la ascensión, en día despejado – o medio despejado sólo, como aquel –, se iba ampliando la panorámica sobre el valle del Sella que se cerraba en la lejanía con los picos de Europa, farallones calizos de tonalidades del gris claro al malva, hermosísimos al atardecer y al amanecer.

Cortado Bakalaero quiso detenerse en lo alto y buscar alguna manada salvaje de caballos, pero la Cari se rio de él y terminaron, mientras los demás tomaban un café en un chiringuito milagroso de madera al pie de un refugio de montañeros, perdiéndose a retozar por entre los pinos de las laderas. Desde el mirador del Fitu vieron volar milanos y como una tormenta formarse allá lejos, por los picos de Europa y la lejanía de León. Fastuoso atardecer, tras los cafés los primeros jotabés para comenzar a hacer remontar a la decaída ebriedad. Al rector J.B. – tras las primeras bromas alcohólicas – Perico Rincón le había acomodado una mantita en un rincón protegido por los automóviles y algunos pinos viejos, y el rector se quedó dormido como un bebé. No le despertaron hasta que comenzó a anochecer. Por supuesto, se habían perdido la entrega de premios de los campos de Oba en Llovio, con merienda campestre y romería de gaiteros y corales improvisadas a medida que se recuperaba el nivel de ebriedad, palistas y bañistas, sidra y ligue a destajo, como decían. Pero habían recuperado fuerzas para la ardua madrugada que se avecinaba.

Durante el descenso hacia el mar – dejaban atrás una espectacular tormenta sobre los picos de Europa que el sol poniente convertía en un vaporoso infierno anaranjado – Cortado Bakalaero contaba su nuevo encuentro con una vaca al pie del mirador, a la que terminó acariciando las ancas ante la mirada de una Cari celosa.

- Si éste viviera aquí, le iría el bestialismo – sentenció la Cari, desdeñosa.

J.B. y Perico Rincón se cambiaron miradas cómplices y no quisieron indagar. Además, la entrada en Ribadesella era imposible y debieron abandonar los tres automóviles al final de la playa, en el arranque de atalayas y eucaliptares que trepaban hasta el faro, la linde del campo y de la mar.

Les vino bien el paseíto para ir adentrándose poco a poco en el corazón del bullicio. El pueblo era un gigantesco establecimiento de objetos variopintos y fritangas; establecimientos de bebidas y gigantesco altavoces potentísimos de música cada vez más seriada y estridente. Y decenas de millares de fiesteros y feriantes, riadas de adolescentes y veinteañeros enardecidos por ebriedades varias, de todos los pelajes tribales y hasta sin pelaje reconocible, enloquecidos de jolgorio festivo y sin peleas. Era día de tregua con las guardias civiles y de tráfico. Tregua de Carnaval de verano. De vez en cuando, algún grupo de palistas borrachísimos con las copas en alto, alguna bellísima náyade en trance sagrado, la Cari por ejemplo ante un Cortado Bakalaero en éxtasis diríase perpetuo, finalmente cogidos por la cintura, engullidos por la masa sudorosa y bailona, desaparecidos.

